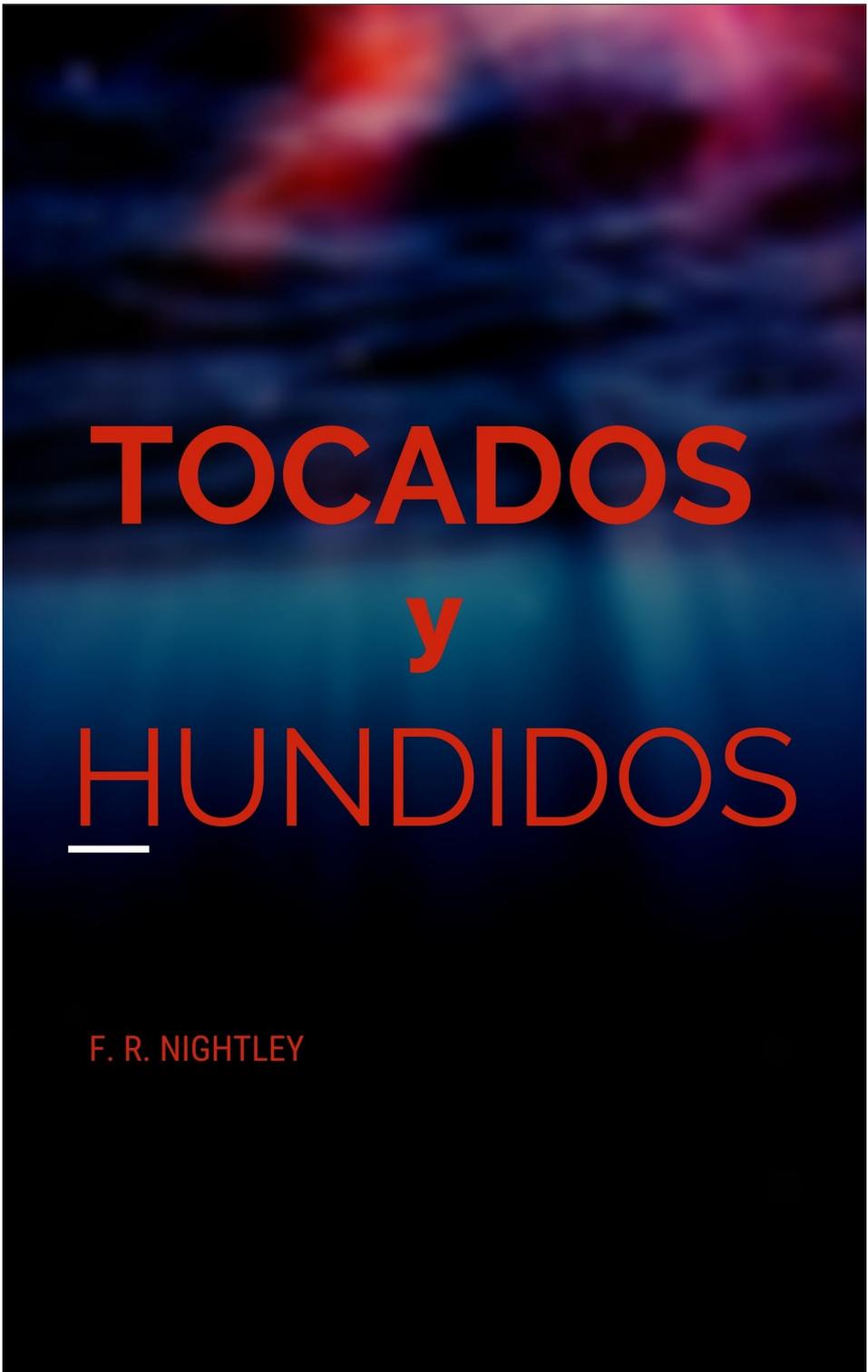


Tocados y Hundidos

Vicente Byrd



TOCADOS y HUNDIDOS

F. R. NIGHTLEY

Capítulo 1

A modo de justificación diré solamente que cuando estoy completamente aterrorizado, suelo recordar otros tiempos en los que he estado completamente aterrorizado. Eso me calma un poco.

Yo es que soy muy de creer en la vieja teoría de que todo tiempo pasado fue mejor. Llamadme raro, pero yo recuerdo el año 2013 con mucha nostalgia. No puedo evitarlo.

Y eso que fue el año en el que explotó nuestra ciudad.

Empezamos a oír las explosiones y los gritos de toda Torremar a medio camino entre nuestra calle y el instituto, y supimos que el mundo se había venido abajo. Ya esperábamos aquel ataque, el gobierno llevaba meses prediciéndolo, y nosotros sabíamos lo que teníamos que hacer.

Correr. Refugiarnos. Nunca antes habíamos tenido tantas ganas de llegar a clase.

En la Plaza de la Paz cesaron los tiros, aunque solo por un momento.

Allí recuperamos el aliento Sebas y yo durante unos instantes, escondidos detrás de una columna. Ninguno de los dos dijo nada. ¿Qué podíamos decir? Nunca habíamos estado en una situación parecida.

Entonces, y como quien no quiere la cosa, Sebas se puso en pie.

—Tengo que volver.

Por un momento no registré bien lo que acababa de oír. Yo no sabía que se pudiera poner esas palabras así en una frase y decirla en voz alta.

—¿QUÉ?!

—Mi hermana está en casa. Los de primero de ESO no tienen clase hasta las 9. Tengo que ir a buscarla y traerla al instituto.

Yo seguía sin creer lo que oía.

—¿Tú prestaste atención cuando nos pasaron el vídeo explicativo en clase?! ¡Si hay un ataque tenemos que ir directos al insti! ¡El ejército va a venir a por tu hermana y tus padres!

—No me fío del ejército—replicó Sebas

—¡Es un suicidio lo que pretendes!

En realidad yo temía más por mí que por Sebas. Si me quedaba solo, me iban a matar seguro.

—Tengo que intentarlo. Diego, Escúchame. Corre al instituto. Solo te queda la avenida 53, puedes hacerlo. Recoge a Katia en su casa. Seguro que está tan cagada como nosotros.

Yo escuchaba todas estas instrucciones como si fuera la lista de las doce pruebas de Hércules y se me iba haciendo un nudo en el estómago cada vez más grande.

—Vale—me escuché decir con un hilo de voz, y se empezó a nublar en mi mente el entendimiento de todas las cosas. “¿Por qué he dicho ‘vale’?” ¿Por qué había dicho vale? ¿‘vale’ qué? Si lo único que tenía ganas era de decir “¡NO!” o: “¡NO TE VAYAS, POR FAVOR!”

Y de pronto no estaba en la Plaza de la Paz sino en el vestíbulo de mi casa. La puerta de calle se cerraba fuertemente y yo me quedaba ahí de pie, solo.

Esperando.

—Puedes hacerlo, tío—me dijo Sebas devolviéndome a la realidad—confío en ti, ¿vale?

Y dicho esto, mi amigo se marchó a toda velocidad, y yo me quedé

absolutamente paralizado.

Pero no por mucho tiempo.

¡BOOM!

La columna que me protegía se derrumbaba.

¡BOOM!

Se derrumbaba la figura ecuestre de la Plaza de la Paz.

¡BOOM!

No sé qué clase de proyectil era ese, pero hacía un ruido ensordecedor y emitía una luz de color rojo. Tampoco tenía ganas de quedarme a descubrirlo, así que corrí.

Corrí con las máquinas de guerra pisándome los talones, medio como preguntándome a qué venía tanto odio.

—¡Vamos a hacernos una foto!—dijo Katia aquel día, y nos estrujó a los dos en un abrazo

—No me gustan las fotos—protesté

—Anda vamos, Diego, son seas rancio—dijo Sebas. Lo dijo entre dientes porque ya estaba preparando su sonrisa perfecta, de oreja a oreja.

—No importa—comentó ella dulcemente—ya tengo un álbum entero de fotos con Diego poniendo su cara vaya mierda de vida, una más no me va a cambiar mucho.

—Hazle un collage para el día de su cumpleaños—dijo Sebas entre dientes

—Cállate Sebas—le espeté

Aumenté la velocidad, jadeando. Katia vivía allí en aquellas escaleras que subían a un edificio, donde estaba el semáforo grande de la desierta avenida.

El edificio estaba en llamas.

—¡KATIA! ¡KATIA!—grité con el poco aliento que me quedaba.

La única respuesta que obtuve fue la de la gente del edificio.

—¡Socorro!—gritó un hombre sacando la cabeza por la ventana

—¡Ayuda, por favor!—me gritó una mujer—¡Por favor!

Yo les estaba mirando, pensando qué hacer y esas cosas, pero es que entonces hice lo que no se tiene que hacer nunca. Y también lo que me salvó la vida. Miré hacia atrás y vi lo que me perseguía.

Era una máquina de guerra, como yo había sospechado. Tres máquinas de guerra para ser más exactos. Las otras dos venían por detrás. Se movían con ocho patas de metal y disparaban desde el eje central, en forma de huevo. Había algo espeluznante en la manera como se movían. Estaba claro que no habían sido fabricadas por seres humanos.

Miré las máquinas que se acercaban lentamente. Miré el edificio en llamas. Miré las máquinas otra vez. Después miré el rayo de color rojo que se dirigía hacia a mí y salté hacia un lado.

El rayo acertó en un coche a cinco metros de donde había estado yo, destruyéndolo por completo, pero para entonces yo me había dado el piro hace rato y volvía a esprintar avenida arriba. Veréis, esto no os lo he contado explícitamente hasta ahora, aunque salte a la vista.

Soy un cobarde.

Había una oscuridad mágica en la Plaza del Paz. Con el efecto de la luz de las farolas y las sombras de la gente que patinaba sobre la pista de hielo. Me sentía como en el fondo del mar.

Los niños caían, gritaban, y volvían a levantarse, a veces con la ayuda de sus hermanos o sus padres.

—Está empanado—comentó Sebas

—¿Qué pasa?—dijo enseguida, volviendo a la realidad—¿De qué estamos hablando?

—A ver, Diego—dijo Katia acomodándose en el banco gravemente—¿Qué vas a hacer en Navidad? Hay que hacer planes.

—Ah... ¿vais a salir?

—¿Pero tú que vas a hacer?—se apresuró a insistir Sebas

—No me gusta salir en Navidad, prefiero estar en casa—dije tratando de cerrar el tema.

—Pero con quién lo pasas?—volvió al ataque Sebas

—No lo voy a pasar solo—les aseguré.

—¿Ah no?—preguntó Katia—¿Y con quién?

—Con mis películas de navidad.

—¡Diego!—dijeron los dos a la vez. Yo hice como que no iba conmigo la cosa.

—Ya está. Te vienes a pasarlo con mi tía y conmigo—dijo decidida Katia

—¿Con la tía Brujilda?—saltó Sebas—No, Diego, te vienes a mi casa, ahí lo pasarás mejor.

—Os lo agradezco—dije yo—de veras. Pero es que prefiero estar solo...

—No seas emo, anda—dijo Sebas

—No, es enserio...—intenté explicarme

—Diego—dijo Katia que siempre tenía la última palabra—que ya está. No era una pregunta. Lo vas a pasar con nosotros. Aunque tenga que secuestrarte, meterte en un saco y arrastrarte fuera de casa. No me mires así. Sabes que soy capaz.

Yo no tenía ninguna duda.

Las puertas enrejadas del instituto Joan Blaumar estaban abiertas de par en par. pasé entre ellas, muerto de miedo, aún oyendo proyectiles que parecía que caían a pocos centímetros de mis tobillos. Una especie de niebla espesa se había formado en el patio delantero. Entré al recinto, a salvo por fin, y por primera vez miré atrás.

Lo que vi desde allí fue una de esas arañas gigantes de metal en plena calle, a pocos metros de mí. Y un proyectil que se dirigía a mi cara.

iiiBOOM!!!

Todo había explotado. No solo yo. Todo a mi alrededor se había desvanecido. Me di cuenta de que estaba gritando sin voz. ¿Dónde estaba?

—Tranquilo—dijo una voz. Unos brazos me ayudaron a ponerme en pie. Seguía en el vestíbulo, no había ido a ninguna parte—Hay una barrera protegiendo el instituto. Aquí no pueden entrar.

Quien hablaba era la alegre Minnie Goodwin. No había persona en todo el instituto que me hiciera reír más fuerte que Minnie Goodwin. Tenía un humor infantil y sinsentido y nunca sabías con qué te iba a salir. Atontado como estaba, casi esperé pacientemente a que soltara alguna estupidez y nos riéramos los dos, pero a Minnie se le habían acabado los chistes. Estaba allí arrodillada junto a mí, con el pelo claro mojado y manchado de sangre, igual de traumatizada que yo.

Por encima de su hombro vi a sus dos amigas: Saribaa y Aisha. Ellas también estaban entumecidas y llenas de heridas.

—Acabamos de llegar—explicó Minnie mientras yo me levantaba del suelo—ha sido horrible, ha sido...

—¿ES POT SABER QUÈ FEU AQUÍ AL MIG ENCARA?!

Traduzco: en la lengua de Torremar, eso significa: "involved a vuestras clases, mocosos asquerosos!". Lo de mocosos asquerosos no lo dijo explícitamente nuestra querida conserje, pero veréis, es que los torremarinos son verdaderamente educados.

Nos largamos, muy a nuestro pesar.

Capítulo 2

La jarra vacía, manchada de espuma de cerveza, cayó con fuerza sobre la madera.

—Luna, hija, que después la que te tiene que llevar a casa soy yo—dijo Katia—ila última vez te tuve que ayudar a subir a tu casa y hasta a meterte en la cama! ¿te acuerdas?

—Mmmmmm...—comentaron Sebas y Yoshi a la vez intercambiando miradas lascivas

—Qué asquerosos que sois—dijo Katia

—¿Asquerosos?—dijo Sebas inocentemente—Pero ¿por qué tanta represión? ¿Qué hay de asqueroso en el sexo?

—Voy a fumar—dijo Luna, y se puso en pie. Era la más alta del grupo y tenía el pelo rizado—o a practicar tiro al blanco con la escopeta de mi tío, no estoy segura.

—Ptss—dijo Yoshi solo para Sebas y para mí—cinco euros a que se enrolla con algún tío antes de encender el primer cigarro.

—Sí, Yoshi, guapo, me voy a enrollar contigo—dijo Luna tomándolo por los brazos y acercando su cuerpo a pocos centímetros, teatralmente.

—Mhh... Bueno, pues, por mí...—dijo Yoshi aparentando normalidad aunque había enrojecido visiblemente.

—Va—dijo Luna—Así te estrenas.

—Bueno Yoshi—comentó Sebas—te acaban de barrer y fregar. Yo de ti me retiraba.

Pero quien se retiró fue Luna.

—¿Qué le pasa hoy?—preguntó Yoshi—¿Es por el examen de biología?

—No, es porque hoy no sirven chupitos gratis—dijo Katia—¿Tú qué crees, Yoshi?

—Pero es que tío—intervino Sebas—no puede ponerse así por suspender un examen.

—Necesita la nota. Si no, no va a poder entrar a medicina—explicó su

amiga.

—¿A dónde vas, Diego?—dijo Yoshi viendo que me levantaba

—Se va a fumar él también—comentó Sebas

Yo no dije nada. El bar estaba a punto de reventar de gente. Apenas alcancé a ver a Luna desaparecer entre la multitud hacia la puerta.

Los pasillos del Blaumar estaban desiertos. Las clases estaban vacías todas, o casi vacías. Habían empezado a evacuar a los alumnos de la ESO. Según me contó Minnie, los llevaban al gimnasio, que ahora estaba blindado a prueba de arañas gigantes asesinas o algo. No me enteré muy bien.

Me gustaría contaros más sobre Minnie Goodwin, solo porque para mi ella es uno de esos seres humanos que merece un libro aparte y que resulta indispensable en la vida de cualquiera. El problema es que no hay mucho que contar que venga a cuento. No volví a verla hasta después de la Gran Batalla.

Ay sí. "La Gran Batalla" de Enero de 2013... Todavía me río cuando leo el nombre en los libros de historia. Lo cierto es que fue una batallita de apenas cinco o diez minutos.

Fui el último en llegar a clase. Treinta caras me miraron. La profesora Orriols se apresuró a comprobar si estaba herido y a hacerme mil preguntas antes de continuar con la clase. La lección del día era decidir si íbamos a luchar en la Gran Batalla o no. Eliot, el delegado, iba haciendo de moderador con una lista que llevaba en la mano.

Desde su asiento, Daniel apartó la vista de su libro y se levantó para estrecharme la mano.

—Me alegro de verte con vida, tío—me dijo.

Me senté junto a él.

—Llevan media hora debatiendo en círculos—me explicó.

Sissy Marquez argumentó que sólo deberían pelear aquellos que tuvieran una buena condición física, como por ejemplo los que están en el equipo de fútbol del colegio. Que los demás deberíamos ir a evacuarnos con los niños de la ESO. Marc Freixer replicó que a él le dolía el brazo y que no podía pelear. Entonces habló Roger Wayne para decir que él tenía acceso a la cuenta bancaria de su familia y estaba dispuesto a pagar 10.000

euros a cualquiera que se ofreciera a pelear en su lugar.

—He tenido suficiente—le susurré a Daniel. Me levanté y me dirigí silenciosamente a la puerta.

—¡Pero si acabas de llegar!

No podía aguantarlo más. Todo aquel egoísmo me recordaba mi propio egoísmo. Y eso me hacía sentir mal.

En Segundo B el panorama era totalmente distinto. Sólo había catorce supervivientes, que se encontraban desparramados por todo el aula hablando todos a la vez. La profesora Anglada había abandonado su tarima para pasar a ser una alumna más. Pero como alumna era igual de chillona que como profe. No paraba de gritar algo de que más les valía prepararse a esos bichos de metal. Luna se encontraba junto a ella. Se hablaba de resistencia y de sacrificio. Se hablaba de luchar hasta el final, de no rendirse.

Luna me vio entonces, y corrió a abrazarme.

—¡DIEGO! ¡Estás bien! ¡Estás entero!—gritó— ¡¿Dónde están Sebas y Katia? ¿Y Yoshi?

La miré, muerto de vergüenza. Noté que algo se cerraba dentro de mí, apretándose. Por un segundo sentí que me ahogaba. No pude contestar.

—¡LUNA!—dijo una voz a mis espaldas

—¡SEBAS!

Sebas corrió a abrazar primero a Luna y después a mí. Chorreaba sangre por toda la cara y no paraba de derramar lágrimas. Detrás venía Yoshi, en un aspecto muy parecido, aún aferrando en su mano lo que parecía una enorme pistola de láser.

—¿Qué ha pasado?—dije—¿Tu hermana...?

—Mi hermana está bien, la he dejado en su clase. Si no fuera por Yoshi estaríamos muertos los dos—dijo Sebas—Se han llevado a mis padres, Diego.

—¿Cómo que se los han llevado?!—dijo Luna— ¡¿A dónde?!

—Las máquinas—explicó entrecortadamente—No son estúpidas. No están ciegas. Saben a quién quieren tocar y a quién quieren hundir. Por eso se han llevado a mis padres prisioneros. A mí casi me matan. Saben que

nunca me rendiría.

Hubo un pequeño silencio mientras acabábamos de tragar todo esto.

—Oye, ¿y Katia?—dijo entonces Yoshi.

Me miraron esperando una respuesta que no acababa de salir de mis labios. Me sentí como en trance. Los oía exigiendo una respuesta y sus voces me sonaban como un eco. “¿Qué ha pasado, Diego?” “¿Fuiste a buscarla?” Sonaban como tres adultos reprimiéndome por romper un frasco. “¿La buscaste?” “Pero, ¿estaba en su casa o no?” “¿Picaste al 1º 1ª?”.

—Me fui—dije al fin con un hilito de voz—Me asusté. El edificio estaba en llamas y... y...

Callé. No los había mirado a los ojos en ningún momento. No me atrevía. Esperé pacientemente los gritos de Sebas y de Luna, los comentarios sarcásticos de Yoshi...

Pero no llegaron

—No pasa nada—me aseguró Sebas poniéndome una mano en el hombro—hiciste lo que pudiste, Diego. No pasa nada. No te vamos a culpar.

Y ahí justo, justo fue cuando el mundo volvió a venirse abajo porque sonó la alarma de la escuela.

“¡HAN ROTO LA BARRERA, HAN ROTO LA BARRERA!” “¡NOS VAN A MATAR A TODOS!”

La gente ya empezaba a salir de sus aulas desordenadamente. Nos miramos los cuatro, con un nudo en el estómago.

—Es la hora—dijo Luna sin más—¿Cuento con vosotros?

Diluviaba.

La densa lluvia, empujada por el viento, penetraba en el instituto como olas de un mar tormentoso por los enormes agujeros de las paredes. De nuestra sección solo Luna y yo seguíamos en pie, empapados de la cabeza a los pies. Nuestros enemigos tampoco habían salido bien parados, no os penséis. Luna se cargó a dos de esos bichos ella sola, y al otro lado del

patio alguien había matado a otro.

Porque estaban en nuestro patio, por cierto, eso no os lo he dicho. Después de atravesar la barrera, se habían instalado en la pista de basquet y habían construido un sinfín de telarañas que rodeaban el colegio para evitar que escapáramos. Yo lo veía todo con mis binoculares desde uno de los agujeros que ellas habían hecho en la pared. Mi trabajo hasta ahora había sido espiarlas con los binoculares y recargar las armas de los demás con munición nueva.

Aproveché un segundo de calma para echar un vistazo a mi alrededor. Dos de los nuestros estaban volviendo en sí. Apenas alcancé a ver quiénes eran.

—Diego—me dijo entonces Luna—reúne a los heridos que puedan caminar. Id al gimnasio a evacuaros.

—No—dije, aunque salir pitando para el gimnasio me parecía una idea deliciosa.

—No te lo estoy preguntando—dijo ella, y después añadió para todos—iros ya. Yo os cubro.

Yo me había quedado paralizado. No sabía que hacer. Quería quedarme, pero no quería quedarme.

—No puedo dejarte sola

—Cállate—replicó ella

—No puedo.

—iiiQue te calles!!!—sus ojos eran fuego. Parecía la profesora Anglada cuando estaba de mala hostia—iiQue te pires de una vez!! Esto es demasiado grande para ti. Eres demasiado cobarde.

Yo sabía que en el fondo no había querido decir eso, pero aun así mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Pero...—empecé a decir, y entonces:

¡BOOM!

La fachada entera se derrumbaba. El agua entraba a litros y en poco tiempo nos llegaría a las rodillas. Luna cargó su pistola y me dedicó una mirada.

—Largo de aquí Diego.

—¡NO!

Pero era demasiado tarde. Luna salió cual kamikaze al exterior, disparando y disparando sin parar. Consiguió derribar una de las arañas mientras recibía disparo tras disparo.

—¡¡¡LUNA!!! ¡¡¡LUNA!!!—Sentí mientras gritaba que los pulmones se me salían por la boca—¡¡¡LUNA!!!

Las lágrimas inundaban mi rostro ya empapado. Una mano se posó en mi hombro.

—Vamos—dijo Saribaa suavemente. Era la amiga de Minnie Goodwin. Ella y Aicha se habían puesto en pie y estaban listas para irnos—Diego, vámonos.

Lo último que vi antes de que entráramos en el vestíbulo de camino al gimnasio fue Luna cayendo hacia atrás, hundiéndose en aquel mar de lluvia y sangre.

Se oían los grillos cantar cuando salí al exterior del bar. Allí el contraste era increíble. Casi no había un alma en la calle. Pero ¿Dónde estaba...?

—Sabía que ibas a venir a buscarme—dijo Luna sonriendo tristemente. Sus ojos brillaron con furia a la luz de la llama del mechero. Ya había encendido el cigarrillo, pero no se había enrollado con nadie por el camino, así que Yoshi había perdido cinco euros.

La abracé, y ella se echó a llorar.

—Ay, Diego, Dieguito... ¡Siempre el más inocente...!—calló un momento, y después añadió—vas a tener que ser fuerte, Diego.

—Ya soy fuerte—aseguré—¿No has visto los músculos de un metro de diámetro que tengo?

—No, Diego, escúchame—replicó ella muy seria—no hagas nunca lo que he hecho yo hoy. Mira cómo está el mundo. ¡Aliens nazis! ¡Ha aterrizado una puta nave con aliens fascistas en Madrid! Se acercan tiempos oscuros. Ya no somos críos. Ya no podemos permitirnos esto.

Tan ensimismada estaba transmitiéndome estas palabras, que el cigarrillo se le cayó de la mano.

El fuego se apagó en un charco de agua.

<<Diez segundos para el cierre de puertas>> dijo una voz robótica. Las enormes puertas blindadas del gimnasio empezaban a cerrarse

—¡¡Deprisa, deprisa!!—Saribaa corría en cabeza como una bala.

—Vamos, Aicha—le dije a la amiga de ésta, que venía detrás de mí, respirando con dificultad. Íbamos a ser los tres últimos en ser evacuados.

“No, los seis últimos” pensé mientras corría. Por las puertas del gimnasio se metían ahora dos chicos que transportaban a una herida. Al chico de la coleta no lo conocía, pero era amigo de Sebas. El otro era Sebas, por supuesto. Se había quedado hasta el final igual que Luna. La chica herida era...

—¡¡Minnie!!!—gritó Saribaa, que ya llegaba junto a ellos

Sebas y su amigo me vieron entonces, y me animaron a darme prisa. Me ayudaron a pasar por el espacio que quedaba entre las dos puertas metálicas. Después entre ellos dos y Saribaa sostuvieron las puertas con todas sus fuerzas mientras yo tiraba de Aicha todo lo que podía para ayudarla a pasar. Las puertas se cerraban cada vez más en torno a su brazo, y ella no paraba de gritar y llorar.

—¡¡Aguanta!!—grité—¡¡Aguanta, Aicha! ¡No te rindas!

Y justo ahí fue cuando oímos los disparos. La pared se derrumbó por detrás de nuestra compañera y dos arañas de metal penetraron en el edificio. Aterrorizada, Aicha soltó mi mano y las puertas metálicas se cerraron firmemente.

La oímos gritar mientras las máquinas disparaban una y otra vez. Después silencio.

Saribaa sollozaba sin parar mientras Sebas y su amigo inspeccionaban el gimnasio vacío y oscuro. Me acerqué a Minnie, que dormitaba como una niña. Cubierta de sangre, tenía una herida en la cabeza, pero respiraba. Mi corazón se llenó de alegría al comprobar esto.

—¿Dónde está la gente, tío?—se preguntaba en voz alta el amigo de Sebas. Qué buena pregunta. ¿Dónde estaba todo el mundo? Sebas se

arrodilló junto a mí.

—¿...Luna?

Negué con la cabeza. Llorando, mi amigo me abrazó fuertemente.

—¿Y Yoshi?

—Estaba en mi zona al principio—dijo Sebas—lo perdí de vista a media batalla.

Y así como de golpe y porrazo, en medio de la confusión y la miseria, una puerta secreta se abrió al fondo de la sala, donde estaba el escenario.

—Allons-y! Allons-y!!!—gritó una voz.

Empecé a preguntarme si aquel túnel iba a durar eternamente. Sentía que habían pasado horas desde que habíamos estado en el gimnasio, y días enteros desde que había empezado la destrucción de nuestra ciudad.

—Depêche toi, Diego—me dijo desde delante la profesora Madame Tussauds. La llamamos Madame Tussauds porque es lo único que sabemos decir en francés. Su verdadero nombre nadie lo conoce. Si alguna vez nos lo ha dicho, no nos enteramos.

—¡Profesora!—dije adelantándome para hablar con ella—¿A dónde demonios nos lleva?!

—Nous sommes en train d'arriver au sous-marin, Diego. Depêche toi!

—Profesora, por favor.—protesté— ¿Dónde estamos?

—Alors... Estamos llegando a alta mar—dijo la profesora, y se adelantó

Yo no comprendía, pero pronto empecé a comprender. La luz del fondo se hizo cada vez más grande hasta revelar una enorme sala con paredes y suelo de metal. Distinguimos un gran ventanal que dejaba ver nada más ni nada menos que el mar mediterráneo. Sebas y yo nos quedamos boquiabiertos. También Saribaa y el chico de la coleta, que cargaban el cuerpo de Minnie.

Pero no estábamos flipando por habernos encontrado dentro de un submarino, eso era lo de menos. Lo que nos había dejado a cuadros era el panorama que teníamos delante. Era como si hubieran trasladado el Blaumar a aquella espaciosa aunque abarrotada sala. De hecho es exactamente lo que había pasado, solo que el Blaumar había dejado de

ser un instituto y se había convertido en un hospital de guerra. Decenas de personas marchaban aquí y allá cargando con camillas, camas con ruedas y heridos.

Los curiosos se nos quedaban mirando o se acercaban. Al fin y al cabo, éramos los últimos en llegar, Madame Tussauds había sido enviada expresamente a buscarnos.

Y entre los curiosos, una chica de pelo negro como la noche y rostro preocupado se acercó corriendo hasta donde estábamos nosotros.

—¡KATIA!—gritamos a la vez Sebas y yo.

Capítulo 3

Así que nada, por primera vez me alegré de que mis padres no vivan conmigo en Torremar.

Por el Salón Principal del submarino vagaban decenas de adolescentes, llorosos y confusos, preguntándose qué habrá sido de sus familias, lamentando la pérdida de amigos y profesores.

Los profesores habían desaparecido. Yo ni me enteré de cuándo pasó esto, pero en algún momento, vagando por el lugar, me di cuenta de que nos habían dejado solos allí. No volvimos a verlos durante días, pero eso es otra historia.

Me llevé los dedos al corazón. Es lo que hago siempre que me siento solo. Allí escondido llevo siempre el reloj colgante de mis padres.

Encontré a Katia y a Sebas sentados en un banco, las cabezas juntas.

—No he encontrado a Yoshi—dije—Y nadie sabe nada de él.

—Quizás escapó—dijo Sebas sin demasiadas esperanzas.

—O quizás lo hayan capturado las máquinas—dije con un estremecimiento.

Miré a Katia. Seguía derramando lágrimas por Luna, por Yoshi y por su tía.

—Lo siento, Katia.

—¿Tú?—dijo ella, obligándose a sonreír—¿Por qué, bonito? ¿Tú has bombardeado Torremar y asesinado a miles de inocentes?

Katia llegó temprano al instituto. Así fue como se salvó del bombardeo de su edificio. La llevaron directamente al submarino para ayudar a Glinda, la

profe de biología, a curar a los heridos que iban llegando.

Al submarino. Que iban llegando al submarino. Se hacía muy extraño dicho en voz alta. Quizás en la tele nos resulte cotidiano, pero allí metidos, con todo el agua alrededor... parecía surrealista. Como un sueño. Cuando Katia nos explicó dónde estábamos, Sebas y yo nos miramos, atónitos. La cara de Sebas lo decía todo: ¿Cómo puta se las había apañado el Blaumar para facilitarnos un submarino de evacuación? Yo, en cambio, tenía otra pregunta mucho más interesante.

¿Sabrán nadar esas putas arañas de metal? Y si es así, ¿Cuánto tiempo van a tardar en volver a perseguirnos?

Seis de la mañana, aunque en el fondo del mar no se nota mucho el paso del tiempo.

La Sala Principal está siempre vacía. Cuando estás ahí dentro, a ratos sientes que eres el único superviviente de la catástrofe, flotando a la deriva por toda la eternidad. ¿El único? No, espera: hay una sombra pegada a la ventana que da al mar.

Yo no había visto a Katia sollozar desde que perdimos a Luna y a Toshi.

—¿Qué... Qué ha pasado?—dije acercándome torpemente. Normalmente es ella quien seca las lágrimas de todos los demás.

—No es nada—dijo entre sollozos, y hundió la cara en mi hombro, abatida.

—No, si ya—dije yo, porque era evidente que no pasaba nada.

—Diego, esto no puedes decírselo a nadie—dijo ella poniéndose muy seria—nos estamos quedando sin suministros. En la enfermería hemos tenido que decidir quién vive y quién muere.

Yo me pasé una mano por la cabeza. Habría preferido no enterarme de nada.

—Pero este submarino es muy grande... Tiene que haber más vendas y material quirúrgico guardado en alguna parte...

—Probablemente , pero ¿quién tiene el tiempo de encontrarlo?

Yo me sentí profundamente avergonzado. Lo cierto es que había tenido mucho tiempo libre desde que habíamos abandonado Torremar. Solo me

había tocado pelar patatas y hornear panes

— Ojalá los profes pudieran ayudarnos—siguió Katia— pero han desaparecido por completo. A veces pienso que se han pirado en un mini submarino y nos han abandonado.

Miré a mi amiga

—No me hagas caso—dijo con una media sonrisa—estoy muy tonta

—Yo iba a apoyarte en esa teoría—repliqué

—Estoy cansada—agregó Katia, aún ensimismada. Nuestros rostros se reflejaban en el vidrio del ventanal—Y la gente que hemos perdido, mi tía...

—Todo es culpa mía—dije

Esta vez fue Katia quien me miró.

—Tú Diego tienes un arte para echarte las culpas de todo...

—Podría haber salvado a tu tía. Y a ti si hubieras estado en ese edificio. No hice nada para ayudarlos. De haber sido tú, habrías removido el edificio entero para encontrarme.

—Habría hecho más que eso—dijo Katia—tengo un desfibrilador eléctrico de bolsillo.

—Yo tengo un masajeador eléctrico—dije—va tope de bien para las cervicales.

Más animada, Katia suspiró y se decidió a volver a la enfermería.

—Si quieres hacer algo por ayudar, Diego—dijo antes de irse—por esa puerta con rejas de ahí encontrarás el almacén. Quizás tengas suerte y nos encuentres algo. Te estaríamos todos muy agradecidos...

Una vez se fue mi amiga, yo me acerqué a la puerta, emocionado por la posibilidad de enmendar mis pecados. Miré a través de los barrotes hacia el oscuro pasillo que se perdía y se perdía escaleras abajo allí donde no llegaba la luz. Por una vez, por una sola vez, tenía una oportunidad de hacer las cosas bien. Solo había un pequeño inconveniente.

Tengo más fobia a los sótanos que el niño de Solo en Casa.

En la cocina, el agua hervía y yo me tocaba el reloj que llevo siempre colgado al pecho. Eran las once, pero el reloj marcaba las seis. No es que estuviera estropeado, es que es un reloj sudamericano. Marca la hora de casa.

“Acá te vas a quedar hasta que sepas convivir en sociedad” dijo mamá, y cerró fuertemente la puerta. Y yo me quedé solo en casa para siempre.

Bueno, en realidad no fue así, esa anécdota pasó mucho antes de que mis padres tuvieran que marcharse para siempre. Pero a mí a veces me da por recordarlo así. Si es que a veces la mente nos hace bullying innecesariamente. Sea como sea, mamá tenía razón. Y yo nunca aprendí a convivir en sociedad. Por eso me ha tocado estar aquí en la cocina. Lo único que sé hacer es cocinar, a duras penas.

Bueno, cocinar y hacer encargos.

—iiiDiego!!!—Rudolf venía muy agitado. ¿Qué estaba pasando hoy en la enfermería que todo el mundo estaba tan agitado?—Necesito que me consigas algunas cosas, rápido, porfa...

Rudolf es de mi clase. Buen amigo de Daniel. Es amigo de todo el mundo, de hecho.

—No hacía falta que me ayudaras, Diego, de veras. Ya puedo con todo.

—Sí claro—repliqué— Con todo el hielo, todas las garrafas de agua, todos los brics de... ¿Qué es esto, zumo? ¿Para qué es el zumo?

Rudolf no contestó.

La enfermería era un completo caos, era inevitable que lo fuera. Sobra decir que demasiado bien se las estaban arreglando tantas manos inexpertas. El suelo estaba teñido completamente de rojo. Nadie había tenido tiempo de limpiar. Y en un rincón, al menos diez personas estaban donando sangre.

Cuando oí los gritos, me tembló todo el cuerpo. Sentí que me tambaleaba al caminar. Comenzaba a marearme.

Los enfermeros e enfermeras también gritaban. Gritaban órdenes, gritaban consuelos... y gritaban de pánico. Ellos también estaban aterrorizados.

—Tranquila... tranquila...—trataba de decirle Saribaa a una chica. Saribaa

tenía los ojos vidriosos, sufriendo visiblemente.

Junto a aquella chica dormía profundamente Minnie Goodwin, con una máscara de oxígeno. Yo me quedé mirando a la buena de Minnie, sintiendo como el corazón se me partía en mil pedazos.

—Se pondrá bien—me aseguró Saribaa al verme.

—¿Cómo lo sabes?—le pregunté

—Porque ya perdí a Aicha—dijo simplemente—y no pienso perderla a ella también.

Nos interrumpió la voz de Madame Tussauds.

—QU'EST-CE QU'IL Y A?!?!—dijo irrumpiendo en la habitación sin darnos ni los bons jours, y pasó a dar instrucciones a todo el mundo y corregir todo lo que mis compañeros estaban haciendo.

La profesora había dejado estar un poco el rollo del francés, aunque seguía soltándonos algunas expresiones de vez en cuando. Ahora se limitaba a hablarnos en castellano con un duro acento francés. Y eso que ella no era francesa, que nosotros supiéramos.

—iiiDiegó!!!—dijo cuando llegó hasta mí acentuando la "o" de mi nombre como si yo fuera también francés—¿Qué haces aquí?!

—Estaba...—dije buscando una excusa—busco a Katia.

—¿Para qué?

—Me... me pidió que baje al almacén—me estremecí de solo pronunciar esa palabra. ¿En qué estaba pensando?

—Oh, Diegó... C'est pas le moment de... —las mejillas de Madame Tussauds se tornaron coloradas y rió como si me hubiera pillado in fraganti en medio de una travesura. Tuve terror de que siguiera hablando.

—Me pidió que vaya a buscar material para la enfermería—me apresuré a aclarar—necesito la llave.

Madame me estudió por un segundo y después dijo.

—Oh... ¿Por qué no lo dijiste antes?! Yo tengo la llave: Voilà—y puso en mi mano un enorme pedazo de metal que por poco no me hace caer al

suelo—Y ahora vete. Depêche-toi! Los heridos necesitan aire.

No me hice rogar. ¡Y en qué lío me acababa de meter!

A las cinco de la tarde llegó Daniel a la Sala Principal.

—¡Diego! ¡He recibido tu nota!

—¿Y bien? ¿Estás listo?—dije sin más. Yo ya me abrochaba bien la enorme mochila que llevaba para cargar provisiones.

—¿Listo para qué?—preguntó mi amigo—sólo me has escrito que venga a la Sala Principal a las cinco de la tarde.

—He estado en la enfermería esta mañana. No ha sido agradable—expliqué—Pero he aprendido algo. Ya es hora de que haga algo por ayudar. Voy a entrar a ese almacén a buscar las provisiones que necesitamos.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

—Vas a entrar conmigo. Ir solo me da mucho cague.

Daniel Martínez era un chico culto y formal. Eso se veía a la legua. Vestía una elegante chaqueta marrón, usaba gafas de montura cuadrada y siempre llevaba un libro bajo el brazo.

—Tío. Me tienes que estar jodiendo—dijo Daniel Martínez después de haber premeditado su respuesta unos segundos.

Yo lo tomé como un "sí", y entramos al almacén.

No era un sótano propiamente dicho. Solo se encontraba cinco escalones por debajo de la sala principal. Aún así, era exactamente igual de escalofriante que cualquier sótano. Estaba oscuro y nos teníamos que alumbrar con linternas entre los laberínticos pasillos de estantes. Reinaba un silencio que hacía que cualquier sonido se multiplicara por 1000. Los sonidos metálicos que provenían de las tuberías de abajo me hacían poner los pelos de punta. TAC-TAC-TRAK...y después silencio. TAC-TRAK otra vez... y después silencio. Yo no hacía más que mirar a lado y lado, por si acaso se nos aparecía Jeepers Creepers o algo.

Enseguida supe que traer a Daniel no había sido la mejor opción. Era como si no estuviese. Caminaba como un fantasma junto a mí, sin hacer el más mínimo ruido y, como siempre, absorto en sus pensamientos. Le

puse la linterna en los ojos, a modo de interrogatorio.

—¡AY! ¡Para, Diego!

—¿En qué estás pensando?

—En nada—se apresuró a decir—este sótano... me trae malos recuerdos...

Nos interrumpió el TAK-TRAK otra vez, y Daniel no dijo nada más.. No quise insistir. Daniel tenía demonios. Demonios imprevisibles y difíciles de afrontar. Sus padres murieron en un accidente y fue criado por su abuela. Si esto fuera una simple novela, no me detendría ante ese importante detalle, pero la vida real es mucho más compleja. En la vida real, todos los personajes tienen su propia novela, y solo nos enteramos de ella si pasamos suficiente tiempo con ellos...

Las vendas y el material quirúrgico estaban al fondo de todo. Nos dimos prisa en meter todo lo que podíamos cargar en la mochila. Mientras lo hacíamos, oímos la voz de nuestra tutora.

—Yo también voto en contra—dijo la profesora Orriols secamente

Se levantó un murmullo de voces adultas. Daniel y yo nos quedamos muy callados para escuchar. Provenía de arriba.

—¿También tú, Anna? Esto es indignante—esa era la profesora Anglada

—Yo sigo pensando que deberíamos hablar esto con más calma—dijo dulcemente Glinda, de biología—no hay por qué apresurarse.

—Se nos acaba el tiempo, Glinda—esa era la voz del director.

—¡No podemos seguir cortándoles el suministro a esos chicos!—saltó la profesora Anglada—¡Casi no han comido desde que llegaron aquí! Y en la enfermería se están quedando sin material.

Por supuesto, Daniel y yo ni habíamos pensado en llevarnos nada más del almacén, pero lo cierto es que había un par de cajas de comida extra. ¿Qué demonios...?

—Cálmate, Dina—dijo el director— Lo que hay en el almacén no es para ellos. Eso lo acordamos desde el principio.

Ah, fantástico.

—Entonces, ¿qué les digo, dire?—intervino Madame Tussauds con su acento—porque no paran de hacerme preguntas. ¿Les digo que van a

morir todos de hambre?

Ahí se levantó otro coro de voces entrecortadas y gritos.

—Por favor... ¡por favor!—protestó el director.

Apenas podíamos oír entre que estaban lejos y entre que el CLANK de abajo era cada vez más fuerte.

Y entonces: ¡CATACLÁN! Se abrió un gran agujero en el suelo. Y de ese agujero salieron dos enormes arañas de metal, agitando sus pinzas, que apuntaban hacia nosotros. Habían estado debajo de nosotros todo el rato, siguiendo nuestros pasos. Os podéis imaginar el volumen de nuestros gritos. Estábamos muertos de miedo.

Yo fui el primero en reaccionar, haciendo lo que sé hacer mejor: me escondí detrás de una estantería. Las arañas fueron a por Daniel, que corrió por el pasillo y se subió a unos estantes. Desde mi escondite, podía ver a Daniel ahí subido, y a las arañas acercarse a él.

“Es el momento” pensé “Si no hago algo ahora, no lo haré nunca en mi vida. Debo actuar”. Congelado, miré a Daniel, que suplicaba ayuda. Miré a las arañas, tratando de pensar “¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?”

Mi momento pasó, y un rayo rojo atravesó el pecho de mi amigo.

—¡NO!—grité. Las arañas voltearon hacia mí y me estudiaron por un segundo antes de decidir si atacarme o no.

Hubo otro destello de luz. Pero este venía de detrás mio.

—¡Diego, agáchate!—era Sebas. Él y la profesora Anglada venían armados hasta los dientes.

Dispararon sin descanso.

—Diego, tu mamá y yo tenemos que hacer un viaje muy largo...

—¿Qué pasó? ¿Les echan del país por panchitos?

—¡Claro que no!—mi padre rió con ganas. Siempre me decía que tengo una mente muy fantasiosa.

Las putas arañas habían estado escondidas ahí abajo desde el principio. Probablemente se habrían metido de incógnito por el túnel del gimnasio en medio de la confusión de la Gran Batalla mientras no miraba nadie.

Me levanté de un salto al ver que Katia volvía de la enfermería. Sebas y yo nos acercamos.

—¿Cómo está?—pregunté

—Respira.

—¿Se va a poner bien?

—No lo sé.

—Pero, se tiene que poner bien, ¿no?

—¡NO LO SÉ, DIEGO! ¡¡¡Estamos haciendo lo mejor que podemos!!!

Noté un tono de reproche en su voz.

—perdona—dijo Katia—esto es culpa mía. No te tendría que haber pedido que...

Yo me miraba los pies.

—No—me limité a responder—no es tuya.

—¿Sabéis que nos estamos moviendo?—interrumpió Sebas. Mientras hablábamos, se había acercado al ventanal de la Sala Principal. Los peces habían desaparecido. Ahora solo se veían burbujas.

—Ostras, es verdad—dijo Katia acercándose también.

—Aquí están pasando cosas muy raras—dijo Sebas—Llevamos días parados. ¿Por qué ahora?

“Los suministros del almacén no son para ellos” pensé recordando la conversación de los profesores

—Chicos—dije—creo que la tribu nos ha nominado

—¿Qué quieres decir?—preguntó Sebas

Como respuesta, apareció mi tutora con un cartel que venía a colgar en el tablón de anuncios.

—¡Profesora Orriols!—dije

—Profesora Orriols, ¿qué está pasando?!—exigió Sebas

—¿Profesora Orriols?—dijo Katia

La profesora Orriols sudó de nosotros con una elegancia muy propia de ella mientras ponía el cartel en su sitio.

—Enseguida lo sabréis, chicos. Estad atentos, el director nos reunirá a todos en unos segundos.

Como era inútil sacarle información a ella, pegamos las narices en el cartel.

ALUMNOS QUE DESEMBARCAN

¡Anda! Y ahí estaban todos. Nos marchábamos todos los de segundo de bachillerato. <<Sebastián Darío Allende Costa, Linda Benítez Pérez, Sarah Bennet Jiménez, Katia Bravo Flaurette...>>

—¡Un segundo! ¡Profesora Orriols!—dije antes de que se fuera, consultando el cartel una y otra vez—Creo que aquí hay un error... ¡Yo no estoy en la lista!

La voz me temblaba al hablar. Sin darme cuenta, me había vuelto a llevar los dedos al corazón, donde tenía el reloj.

Capítulo 4

En la Sala Principal hay muchas puertas y compuertas. Está la del "sótano", esa que no pienso volver a cruzar más en mi puta vida, está la que lleva a la cocina, la del cuarto de máquinas (yo lo llamo así, si tiene un nombre más técnico ya ni me acuerdo).

Ah, y está la puerta enorme por la que accedimos al submarino el primer día. Esa es la más aterradora de todas. Durante mucho tiempo recordaría a Sebas y a Katia sonriéndome y agitando mucho las manos antes de desaparecer de mi vida con el fuerte CLANK de la puerta metálica cerrándose frente a ellos.

—Adiós, bonito—dijo Katia apretujándome todo lo que podía.

—No olvidéis escribir—dije irónicamente.

Era de noche, aunque en el fondo del mar no se nota mucho la diferencia. Siempre está oscuro. Mis amigos se alejaban hacia la puerta.

—¡Oye Diego!—dijo Sebas entonces muy serio—cuando estuviste ahí abajo en el almacén...

—¿Sí...?

—¿Miraste si había condones?

—¿Eres gilipollas?—dije. Katia ya se lo llevaba a rastras.

—¡Estrénate, Diego, hermano!—gritó Sebas ya desde el otro lado de la puerta—¡Es el fin del mundo!

Tres días pasaron y, con treinta tripulantes menos, el silencio en nuestra nave se hacía insoportable.

Y con Daniel en la enfermería, mi círculo social se había reducido al pequeño Benny, el único pinche de cocina a parte de un servidor. Benny es un tipo curioso. Es de esas personas que siempre están ahí contigo sin llamar demasiado la atención. De hecho, yo apenas me había dado cuenta de que había sobrevivido a la Gran Batalla. Y eso que trabajábamos juntos

en la cocina.

—Quizás no han querido que vayas con los demás porque te necesitan aquí en la cocina, Diego—sugirió él mientras cortábamos cebollas a toda velocidad.

Yo me negaba a aceptar esa idea como argumento, pero no dije nada. Aún así, estaba dispuesto a sacarles a los profesores una explicación. Aunque en el fondo ya la conocía.

“Piensan que no sirvo para nada”

—¡DIEGO!—era la voz de Rudolph, que venía caminando a zancadas—te necesitan.

Seguí a Rudolph hasta la salida. Allí noté una presencia acercarse por detrás, y de pronto alguien me cubría los ojos con sus manos.

—Adivina—dijo una voz

—¿El Rey de España?

—Casi. Soy la reina de España

—¿De qué España? ¿La buena o la mala?

—Las dos.

En realidad era Minnie Goodwin, por supuesto, que acababa de salir sana y salva de la enfermería.

—Pues no tienes mucho para gobernar, ahora mismo, por muy reina que seas—comenté mientras subíamos las escaleras hacia la enfermería—¿te han contado...?

—No... ¡Eh, tío! ¡Nadie me cuenta nada! Ni siquiera Saribaa. Parece que soy la Bella Durmiente aquí despertando después de 100 años. ¿Dónde están los profes?

—Katia y Sebas se han marchado a Francia—dije sin más—Por lo visto nos estamos quedando sin provisiones y alguien tenía que bajarse del crucero. Aparte de eso todo bien. Bueno, nos atacó una de las arañas. Sí, vino de polizona pero tranqui, que ya la hemos matado. Esperamos que no haya más de ellas rondando por ahí. Los profes lo están investigando. Supongo que por eso no les vemos ni el pelo. Y eso que nos vendrían de fábula para ayudar a los 50 alumnos en estado grave de ahí arriba.

Minnie se detuvo un segundo a digerir todo esto y se me quedó mirando.

—¿Quieres saber algo más?

Ella me miraba con una expresión que yo no supe entender.

—¿Sabes Diego...?—dijo al fin—ese pelo amarillento que te sobresale de la ceja izquierda te queda verdaderamente elegante.

—Gracias.

En la enfermería, Daniel dormitaba como un bebé, lo cual es decir mucho teniendo en cuenta que había tragado diez litros de veneno de araña metálica, o lo que fuera el láser ese que disparaban. En fin, y a parte de eso tenía un aspecto terrible, con vendas por todo el cuerpo allí donde la araña lo había mordido para comérselo. No era de extrañar que hubiera estado tan hambrienta: llevaba más de 24 horas sin comer, ahí encerrada en el sótano.

Siento que le estoy dando más protagonismo a la puñetera araña que a mi amigo en coma, pero es que pensar en él y recordar cómo me quedé mirando mientras lo atacaban me provoca náuseas aún a día de hoy.

—No pierdas la esperanza—me dijo Saribaa

—No lo haré—prometí—tu no lo hiciste con Minnie

Rudolph me puso una mano en el hombro.

—Se pondrá bien.

La puerta se abrió y entró mi tutora, la profesora Orriols. Enseguida se formó un coro de alumnos a su alrededor.

—¡Profesora!

—¡Profesora! ¿Qué está pasando?

—Guardad silencio, por favor—dijo ella secamente—tengo algo de lo que hablaros.

—No, yo tengo algo de lo que hablar—se avanzó Rudolf abriéndose paso, que en ausencia de Katia había quedado a cargo de la enfermería—¡¿Qué es eso de que vamos a dar media vuelta?!

—¿Media vuelta?—dijimos a la vez Minnie y yo, que de ahí éramos los que menos nos estábamos enterando de todo. Hasta donde nosotros sabíamos, nos encontrábamos avanzando hacia la costa italiana. Un poquito tarde para volver a Torremar.

—De eso quería hablaros—dijo la profesora Orriols haciendo un gesto para que se calmara—hemos encontrado un aparato de radio en el cuerpo de la araña. Lo utilizaba para comunicarse con sus compañeras en tierra. Gracias a él hemos podido contactar con la profesora Anglada en Francia.

Contuvimos la respiración un segundo, y enseguida empezamos a susurrar.

—¿Ha dicho algo de Katia y de Sebas?—pregunté tragando saliva

—No ha tenido tiempo de decir mucho. Perdimos la señal enseguida.

—Pero, ¿Qué os ha dicho?—preguntó Pol, amigo de Rudolf

—Las arañas han entrado en Francia—dijo la profesora, y todos nos quedamos en silencio—El grupo de la profesora Anglada fue atacado nada más llegar a Niza. Se han separado. A Anglada la acompañan solo diez de los treinta alumnos que salieron del submarino con ella.

—Osea que vamos a volver a buscarlos—dijo Rudolf—¿Y después qué? ¿Los traemos aquí? ¿No estábamos a cero de provisiones?

—Ahora mismo sí—dijo la profesora Orriols—por eso seréis vosotros quienes vayan a buscar a vuestros compañeros, acompañados de dos profesores.

Nos pasó la lista de los nominados. Treinta alumnos mayores de quince años.

—Habrán heridos—siguió diciendo la profesora—tendréis que traerlos aquí. Si nos traéis provisiones suficientes de Francia, quizás podremos vivir todos en el submarino un tiempo más hasta que encontremos un lugar seguro.

Mirando por encima del hombro de Rudlof, Minnie y yo encontramos nuestros nombres en la lista. Minnie se aferró a mi brazo un momento.

—Parece que nos vamos de colonias—dijo. No había ilusión en su voz.

Soñé que Minnie y yo salvábamos el mundo. Con nuestras pistolas láser último modelo, luchábamos codo con codo en la costa francesa y

salvábamos a Katia y a Sebas de las garras de esas arañas abominables.

—Diego, despierta, te vas a Italia.—dijo una voz

—¿Mmmm?—yo seguía soñando

—Hemos creído conveniente hacer desembarcar a un pequeño grupo antes de irnos.—era la profesora Orriols quien hablaba— Si salís ahora, llegaréis a Pisa en unas horas.

Ahí más o menos fue cuando mi mente empezó a comprender.

—¡¿QUÉ?!

—Vamos, Diego, date prisa. Glinda te lo explicará todo.

Sin tiempo casi para vestirme y recoger mis pocas pertenencias, dije adiós mentalmente a Rudolf y a Pol, que roncaban sin cesar, y dejé atrás la habitación que había ocupado durante casi cinco días.

Aquel submarino no era mi casa, por la sencilla razón de que yo no tengo casa. De mi primer hogar fuimos desahuciados. El segundo lo destruyeron los aliens metálicos. "Casa es donde están los que te quieren" me había dicho mi padre alguna vez. En aquella nave no estaban mis familiares ni mis amigos más cercanos, a parte de Daniel, que estaba en coma. ¿Por qué entonces la idea de salir por esa compuerta me aterrizzaba hasta más no poder?

No quería irme. En cierto modo nunca quise irme, ni siquiera cuando pensé que me iba con el grupo de Minnie, ni días antes cuando pensé que me iba con el grupo de Katia y Sebas y la profesora Anglada. Nunca quise volver a la superficie realmente.

Algo se cerraba en torno a mi. Sentía que me ahogaba.

Eran las dos de la mañana, y esta vez sí se notaba la diferencia, ya que estábamos muy cerca de la superficie. Casi podía imaginarme el mar en calma ahí afuera, bañado por la luz de la luna. A nosotros nos iluminaba la luz artificial de la Sala Principal. La profesora Glinda comentaba los últimos detalles con Orriols y con el director, que andaba por ahí también. Ellos me habían explicado más o menos el plan, aunque para mí seguía sin tener demasiado sentido. El resumen es este: en vistas de que Francia estaba jodida, nuestra misión era explorar la península italiana para ver si es potable. Yo no entendía por qué demonios no pedíamos asilo en Suiza directamente. O en la península escandinava. Veréis, esto no os lo he contado todavía, porque tengo una mente un poquito desorganizada, pero

cuando os digo que las arañas son nazis, lo digo literalmente. No nos perseguían solamente porque fuéramos rebeldes. También nos buscaban porque somos bastante más morenos que nuestros vecinos del norte. En fin. Le comenté la idea a la profesora Orriols, pero no me hizo demasiado caso.

Habían elegido a los más prescindibles de la lista para bajarse del carro. Yo era el único de bachillerato a parte de Ferran, que había estado inconsciente en la enfermería durante los últimos cinco días y aún no se había recuperado del todo. Ahí estaba hablando con el director, haciéndose el alumno responsable. Pelota de primera.

Yo los observaba desde mi posición, sentado contra la pared con una cara de mala leche impresionante. Cerca de mí se encontraba un chico de tercero o cuarto que llevaba un gorro en la cabeza. Repetidor. Algo me habían dicho de él. La había estado liando desde que entró al submarino. Al otro lado de la estancia había un niño de primero con su perro dálmata. Yo conocía más al perro que al crío. Se ve que viajar en el submarino no le había sentado muy bien y habían decidido llevarlo a la superficie. El niño se habría negado a separarse de él, porque tenía pinta de venir con nosotros. Iba a ser todo un show evitar que nos maten con un perro enfermo y un niño. Junto a ellos había dos alumnos de cuarto. Un chico de pelo oscuro y una chica de pelo castaño claro. Tampoco los conocía. Hablaban alegremente con la profesora Glinda. Parecía que se iban de excursión.

La compuerta se abrió, revelando un agujero enorme y oscuro en la pared. Empezamos a acercarnos.

—Será usted quien nos acompañe a Italia ¿Verdad Glinda?—dijo risueña la chica de cuarto.

—¡Qué va! Yo estoy de apoyo, aquí. A mí me ha tocado acompañar al grupo que va a Francia. Cuidaos mucho, chicos—me puso una mano en el hombro cuando pasé junto a ella.

Yo no entendía nada. Como los demás, había asumido que íbamos con ella.

—Entonces, ¿Quién...?—empecé a decir. Me interrumpió una voz a mis espaldas.

—MAIS ii¿QU'EST-CE QUE VOUS FAITES ENCORE ICI ?!! iDepêche-toi, Felix!! iVamos, vamos, vamos! iiTenemos que llegar a Pisa antes del amanecer!!!

Ah, no. Madame Tussauds no. i¿A quién demonios se le había ocurrido ponerla a cargo de todos nosotros?! i¿Es que no se daban cuenta de lo

obvio?!

Agradecí la oscuridad mientras atravesaba el umbral, porque la oscuridad ocultó mis lágrimas. Abandonado como carne de cañón con un montón de desconocidos. ¿Es que no habían ido suficientemente mal ya las cosas?